

La cultura obrera, una contrapropuesta cultural

Victoria Novelo

Ya es conocido el hecho de que las sociedades que hasta ahora han existido, se diferencian unas de otras por la manera en que realizan la producción económica. Es decir, por cómo, a través del trabajo humano se apropian de la naturaleza, transformándola. Y que para realizar ese trabajo, los hombres han establecido diversos tipos de relaciones. entre ellos, entre ellos y sus herramientas de trabajo; entre ellos y los productos resultantes, entre los que trabajan y los que no trabajan.

El modo capitalista de estas relaciones se caracteriza por dos formas de apropiación. una de la naturaleza, otra de los productos, que presuponen tanto la propiedad privada de los medios de producción como el control específico de los procesos de trabajo.

La propiedad privada de los medios de producción es un hecho anterior al control de los procesos de trabajo y requirió que, como resultado de un amplio y complejo proceso de expropiación de la mayoría de los trabajadores independientes y comunitarios, una minoría comenzara a concentrar, para su disfrute individual, la tierra, los instrumentos de trabajo y los productos resultantes del trabajo ajeno. El trabajo provenía de los trabajadores expropiados a los que no les quedó más propiedad que su energía física y mental, que se convirtió, como todo lo demás, en mercancía; mercancía fuerza de trabajo que a cambio de una cierta cantidad de dinero se vende por un tiempo determinado a los propietarios del capital quienes, con su

usufructo, obtienen no sólo resultados del trabajo sino plusvalía (parte no pagada de trabajo) que incrementa su capital.

El control del proceso de trabajo se origina cuando la base de la producción deja de ser artesanal y se produce una división técnica del trabajo que con la invención de la maquinaria (como sustituto mecánico de la habilidad manual), convirtió a los trabajadores en operadores de las máquinas. Esto creó a su vez, tres resultados: la expropiación del oficio derivada de la aplicación científica a la tecnología; la estratificación de los obreros de acuerdo a las calificaciones y habilidades que exigían los procesos de trabajo y, la socialización de la producción. La base objetiva de la contradicción entre producción social y apropiación privada quedó estructurada.

Siempre con base en la propiedad privada de los medios de producción, el capitalismo ha ido transformando sus métodos de apropiación de la naturaleza y de control sobre los procesos de trabajo, recorriendo distintas fases en su proceso de desarrollo.

Los procesos de concentración monopólica de medios de producción a nivel mundial por gigantescas corporaciones transnacionales en la fase imperialista que vive el capitalismo actual, en poco se parecen al comportamiento del industrial con nombre y apellido que competía con sus productos en un mercado libre hace unos cien años. El uso de sofisticados métodos computarizados de control del

trabajo y del personal, capaces de regular procesos de trabajo simultáneamente en filiales de varias partes del mundo, ya poco se parecen a las primeras máquinas movidas por vapor del siglo pasado y que en su momento revolucionaron toda la base técnica del trabajo.

Como toda forma de apropiación de la naturaleza y sus productos, el capitalismo supone relaciones sociales y éstas, en esencia permanecen inalteradas. La base de las relaciones entre el trabajo y el capital la conforma la explotación que genera tanto el trabajo productor de plusvalía, como la exclusión de los trabajadores del control, la gestión y las decisiones sobre el trabajo y el destino de lo producido. A esto se agrega la alienación en el trabajo donde al obrero le es extraño y ajeno tanto la organización del proceso donde toma parte, como las herramientas que manipula, la maquinaria que opera y el producto de su trabajo. La participación en la actividad productiva misma, es para el obrero un medio para satisfacer una necesidad, la de mantener su existencia física y la de su familia, mientras que para el capital significa la búsqueda compulsiva de la ganancia.

Las relaciones sociales y las reglas del juego que se desarrollan en la esfera de la producción (entendida como la unidad de producción, distribución, circulación y consumo), no se ejercitan solamente en las unidades concretas de producción; su práctica involucra a toda la sociedad. Y esto es así porque

el sistema de producción capitalista ha engendrado una determinada organización social en la que, por una parte, los grupos de individuos se ubican socialmente formando clases de acuerdo al papel que juegan en la producción; y, por otra, porque el funcionamiento de toda la sociedad está dictado por las exigencias del objetivo de la producción y garantizado por el poder político.

Las formas concretas de sociedades capitalistas son variadas y tienen que ver con toda su historia anterior. Aunque el capitalismo ha creado dos clases fundamentales —la burguesía y el proletariado— y un Estado, sus características y formas de actuar son diversas de acuerdo a las sociedades de que se trate. Y también cuenta la riqueza o no de la naturaleza que se ha de apropiarse y el desarrollo de la lucha entre las clases. Baste mencionar la existencia de países capitalistas dominantes y países capitalistas dominados y dependientes —diferentes entre sí—, producto de repartos coloniales del mundo, de botines de guerra o del saqueo de la etapa imperialista. Hay también sociedades donde el campesinado tiene una importancia mayor o similar a la del proletariado industrial y, en fin, hay otras donde la organización social propia del capitalismo se construyó sobre sociedades tribales.

Para el mantenimiento y la reproducción del orden social burgués ha sido fundamental la imposición, a las clases dominadas, no sólo de modos de trabajar, de comprar o de consumir,

sino de *pensar*, de tal manera que se viva convencido de que la producción capitalista y su sistema social son “naturales” y “normales”.

Pero al igual que la integración de grandes masas de proletarios a las condiciones de trabajo y a la disciplina fabril ha sido un proceso colmado de enfrentamientos, resultado del antagonismo entre las clases fundamentales, la imposición de modelos de pensamiento y de vida no ha sido infalible.

UN PROYECTO ALTERNATIVO DE SOCIEDAD

Para muchos ya no es ningún secreto que la ideología burguesa defiende consistentemente la ordenación social existente en el mundo capitalista y de que trata de suprimir la idea de que existe o pudiera existir una alternativa preferible y superior. Para ello despliega por numerosos medios desde ideas hasta represión pasando por todo tipo de reglamentaciones que buscan encajonar a las clases sociales subordinadas en el deber ser del modo de vida capitalista.

Y, sin embargo, tampoco es desconocido el hecho de que no sólo es posible, sino probable, desarrollar esa alternativa preferible y poner en práctica relaciones sociales que no involucran la propiedad privada ni la explotación del hombre por el hombre.

¿Qué significa la prueba de que el capitalismo y el sistema de vida que engendra no es invencible? Nos intere-

sa subrayar una respuesta: la que comprueba la viabilidad de la destrucción de la sociedad capitalista, transformando desde su base la estructura económica y oponiendo a la concepción capitalista del mundo —la eternidad del sistema, la validez universal de los valores, la armonía de las clases sociales, la negación de la lucha de clases, el individualismo— la concepción de una sociedad distinta donde la subalternidad pretende la hegemonía mediante su proyecto de sociedad. Esto a la vez significa que las clases subordinadas de la sociedad, como sujetos históricos, han debido tanto *resistir* a la ideología dominante como *construir* bajo la dominación de clase su proyecto alternativo de sociedad. Ese proceso contradictorio (resistencia-oposición activa) implica además que la clase obrera, encabezando las transformaciones revolucionarias, se convierte en tal, en clase, cuando desarrolla la conciencia de su antagonismo total con las relaciones capitalistas. Esto es, una vez que le ha quedado claro que su papel como *productora* la hace capaz de transformar la sociedad en otra donde se produzca para satisfacer las necesidades de las mayorías. Ese proceso histórico, complejo, de formación de una cultura obrera que se realiza con vaivenes, retrocesos y avances, implica que la clase ha sido capaz de aclararse y resolver los problemas que le presenta el desarrollo histórico y, por tanto, ha logrado elevar a la conciencia las acciones que debe realizar para conseguir el dominio.

QUE ES CULTURA EN UNA SOCIEDAD DE CLASES

Aunque el concepto cultura es usado de muchas maneras para decir diferentes cosas y, por tanto, su uso a veces resulta ambiguo y confuso, es útil si de entrada se aclara el sentido que se le dará. Para nosotros, el concepto involucra conjuntos de valores (explícitos o no) incorporados a modelos de comportamiento que se refieren a formas de vida que se practican en el presente y que, como aspiración, se plantean para el futuro y que son reconocidos por una colectividad que en ellos se identifica. Esto es, que la cultura no es algo que simplemente se reproduce por tradición sino que contiene elementos de creación y, por tanto, de cambio.

En este caso, intentar conocer el proceso de formación de la cultura obrera, de una clase, implica, en primer lugar, el reconocimiento de que son las condiciones de la vida material —la existencia— las que determinan la conciencia de los hombres. Esto es, que los planteamientos, las reflexiones, las concepciones que los hombres tengan en un momento dado derivan —con la intervención de una serie de mediaciones— de una situación objetiva, como trabajadores de una sociedad concreta en este caso. Esto también nos alerta en el sentido de que el proceso cultural, aun definido en su sentido más vago como “vida espiritual” no se realiza ni puede pensarse como conjunto de ideas, inclinaciones estéti-

cas o costumbres que flotan separados de las estructuras de la sociedad. La cultura no existe independiente de una serie de determinaciones, sino que las expresa como conjunto de concepciones.

Si el proceso cultural es un algo que se va construyendo, pos así decir, en vinculación y relación recíproca con las determinaciones de la producción material, ello no significa que los obreros son seres carentes de cultura antes de ingresar al mercado de fuerza de trabajo y que son ubicados en procesos concretos de trabajo con la mente en blanco. Visto que los hombres nacen en condiciones concretas (son hijos de tal familia, que vive en tal lugar y de tal modo, que tiene un ingreso por tal tipo de trabajo y que acostumbra comer, dormir, rezar, etcétera, de una cierta manera) el proceso de crecer y convertirse en fuerza de trabajo ha sido también moldeado y modelado de una cierta manera. Y para lograr esa manera —socialmente establecida y mantenida— han intervenido un sinnúmero de instituciones, además de experiencias y reflexiones pasadas y presentes.

En nuestra sociedad, la cultura que se “mama”, se amplía con los valores y aspiraciones de la cultura para las masas, elemento legitimador de la ideología capitalista propagada por los aparatos de difusión. Legitimador porque pretende esconder la existencia de clases tras el manto deformante de una supuesta democracia del consumo. “No es necesario saber leer y

escribir para... recibir el cotidiano mensaje que enseña a aceptar el dominio del más fuerte y a confundir la personalidad con un automóvil, la dignidad con un cigarrillo y la felicidad con una salchicha”, decía Eduardo Galeano en un escrito.

Todo esto quiere decir que los distintos conjuntos de personas, obreros o no, tienen una cierta concepción del mundo, observan una serie de normas, tienen otra serie de hábitos, tienen explicaciones para una serie de hechos o fenómenos y también expectativas para influir en ellas. ¿Qué significa esto?

El proceso *cultural* de modelado y moldeado por el que los individuos pasamos fatalmente cuando vivimos en sociedad y que tiene como resultado una “manera de ser-estar-pensar-sentir-creer”, es un proceso concreto en cuanto es histórico y es social. En una sociedad las relaciones y las prácticas sociales se desarrollan en y a través de una serie de niveles o estructuras —económicas, políticas, educativas— y, por intermedio de sus instituciones principales —fábricas, sindicatos, familia, iglesia, escuela, organizaciones políticas—, se transmiten los valores, normas, aspiraciones, costumbres de esa sociedad.

Tratándose de una sociedad de clases, como la nuestra, la cultura no sólo refleja esa división social, sino que la reproduce continuamente en un proceso contradictorio. Por una parte, quienes dominan en la sociedad, imponen —por múltiples vías— su manera

de pensar el mundo a todo el resto de la sociedad. Pero quienes viven bajo la dominación, tienen otros modos, y muchas veces contrarios, de explicación, debido a su experiencia de vida diferente. Aunque la cultura de las clases y estratos subordinados pueda tener impresa una buena dosis de la cultura dominante —tanto de la actual como de pasadas, lo que es evidente en situaciones rurales—, puede a la vez ser opuesta aunque, por la acción de la dominación, aparezca tal vez aletargada, dormida, reprimida.

De esto no puede derivarse la existencia de una "convivencia" pacífica de culturas diferentes. Aunque coexisten en el espacio y en el tiempo, la sociedad capitalista impone una al resto, que permanece en calidad de subordinación. Con lo cual el peso relativo de las culturas es diferente y la imposición siempre requiere de alguna represión.

Sólo en el marco de la relación cultural hegemónica-culturas subordinadas podemos entender la formación de la cultura obrera como la cultura de una clase dominada. Y sólo en ese marco podremos definir las expresiones que va teniendo la conciencia de clase en su desarrollo.

La acción recíproca existencia-conciencia se refiere a la dinámica existente entre condiciones materiales de diversa índole. En el caso de la categoría social obrera, algunas condiciones podrían agruparse en torno a las condiciones de trabajo donde el obrero está inmerso y otras, en las

condiciones que se refieren al conjunto de la vida de los obreros (vivienda, niveles de consumo, posibilidades de recreación, acceso a la instrucción, etc.).

LA BASE DE LA CULTURA OBRERA

Los procesos de trabajo donde se ubican los obreros, son el primer fundamento de donde nace la concepción de la sociedad desde el otro lado de las relaciones de producción: en otras palabras, el obrero reflexiona a partir de *vivir* la oposición capital-trabajo. La inconformidad primaria nace así de las condiciones de trabajo que exigen la adecuación de la fuerza de trabajo a una organización que impone el capital y donde la relación del obrero con el producto de su trabajo es que éste se le enfrenta como algo extraño, ajeno.

El trabajo, la actividad misma, le aparece al obrero como un medio de satisfacer una necesidad, pues con su salario adquiere los productos necesarios para su vida y que él no puede producir. En el pensamiento obrero ya quedó muy lejos el orgullo profesional y el trabajo como acto creativo de quien era dueño de un oficio y de sus condiciones de producción. La concepción del trabajo como trabajo alienado, como necesidad forzosa, no nace mecánicamente en la percepción obrera por el sólo hecho de la ubicación de los obreros como asalariados; esa concepción involucra una serie de

mediaciones. Unas, derivadas del marco ideológico en que se manejan las demandas dentro de la organización de los trabajadores (sindicatos u otra); otras, derivadas de representaciones sobre la sociedad que interpretan el papel de las diferentes clases sociales. Sin embargo, la inconformidad obrera y la demanda por mejorar las condiciones de trabajo pueden expresar parcialmente y aún de manera inconsciente la relación de explotación, en tanto las demandas parten de la vivencia inmediata de la relación contradictoria trabajo-capital.

En los inicios del capitalismo, los obreros se enfrentaban al poder del capital sin pleno conocimiento de su funcionamiento real. Si bien un correcto "instinto" de clase los obligó a buscar la organización como medio de defensa, sus acciones las dirigieron primero contra las máquinas a las que consideraban causantes de su desgracia: la pobreza y la pérdida de su oficio, si lo tuvieron. Muchos de los movimientos que encabezaron obreros que antes habían sido artesanos, tenían como propósito la vuelta a las condiciones de producción pre-capitalistas porque en ellas podían controlar su trabajo, su ritmo, sus horarios, etcétera y podían elaborar un producto en su totalidad sin necesidad de subdividir el proceso de trabajo. Aunque fueron derrotados, su cultura artesana, siguió por algún tiempo poniendo obstáculos a la disciplina de la fábrica, por ejemplo, faltando al trabajo los lunes o ciertos días del año consagra-

dos a los santos patrones de sus gremios.

En México, donde la producción capitalista se vuelve dominante en la sociedad cuando el capitalismo como sistema mundial ya transitaba su fase imperialista, y que nace amarrada a los intereses extranjeros, los obreros procedían tanto de las filas campesinas como de las artesanas y se enfrentaron a una múltiple usurpación. No sólo se les expropiaba trabajo y oficio, sino que fueron obligados a abandonar formas de vestir que los reglamentos de las fábricas prohibían y a abandonar algunas costumbres. Se conocen varias huelgas estalladas por obreros a principios de siglo en protesta por no permitírseles trabajar con sarape y sombrero, o bien porque no se les dejó faltar al trabajo en días de festividad religiosa. En las ramas industriales más importantes, los obreros sufrieron además una aguda discriminación racial que se traducía en el salario, además de que los puestos de trabajo calificado estaban ocupados por extranjeros. Si a esto sumamos las largas jornadas, la vivienda pobrísima, la dieta magra, un idioma extraño que se oía, prohibiciones a la organización, etc., que se experimentaba cotidianamente como también cotidiano era el contraste de formas de vida de los dueños y administradores, se comprende cabalmente el contenido de las primeras luchas y lo directo de sus primeras acciones defensivas.

La reflexión sobre el trabajo, su organización, la tecnología, etc., deri-

vada de la experiencia vivida, ha conocido así varias fases y ha desembocado en demandas y acciones reivindicativas diferentes a la vez que van conformando "depósitos" (o estratos) diversos en el proceso histórico de desarrollo de la conciencia de clase.

EL SINDICATO

Si las relaciones capitalistas y los procesos de trabajo que contienen son la base material donde se originan ciertas percepciones sobre el trabajo, la institución "sindicato" es el marco donde se manifiesta la inconformidad obrera que después se expresará en acciones precisas para mejorar las condiciones de trabajo y de vida.

Muchas veces el sindicato y sus antecesores también han sido el centro de la vida social y orientadores importantes del tiempo libre de los obreros y sus familias cuando han comprendido su papel de organizaciones educadoras.

La tradición obrera que se revivía cada domingo en el quiosco de la plaza donde el orador sindicalista se dirigía a las familias paseantes o la tertulia donde se leían poemas, se discutía la prensa obrera y los escritos políticos, asumió la forma de escuelas sindicales y círculos de estudio donde la idea de la necesidad de una educación obrera para los obreros sigue vigente.

Con el trasfondo de una rica variedad histórica de métodos de acción y de enfrentamientos para llegar a obtener el reconocimiento, los sindicalis-

mos actuales y el sindicato como marco institucional con las dirigencias sindicales como canales oficiales de dirección, tienen marcados límites precisos, tanto al planteamiento de las demandas obreras como a su satisfacción.

Por una parte porque los sindicatos cuyo objetivo primordial se ha convertido en la defensa de reivindicaciones económicas, defienden un resultado del trabajo alienado, es decir, una mejor paga para el trabajador forzado. El objetivo sindical así, negocia dentro de las relaciones de producción y generalmente no discute los fundamentos de esas relaciones. Aun cuando en nuestro país se han dado grandes luchas por mejorar no sólo la remuneración sino las condiciones de trabajo y de vida de núcleos obreros y por tanto se ha discutido el poder capitalista en general, las organizaciones obreras están reglamentadas por una legislación del trabajo que dicta normas sobre cuales son sus derechos dentro de la sociedad y los limita como una expresión más del poder capitalista generado en la fábrica y reproducido ampliamente a la sociedad en su conjunto.

La función sindical puede encontrar una limitación más en la negociación de las demandas obreras; esta negociación se relaciona directamente con el tipo de asociación con el aparato del Estado, y por tanto, con la dependencia ideológica que mantenga hacia él. Este tipo de asociación expresado en el tipo de dirigencia sindical,

incide directamente sobre los grupos de trabajadores en el regateo cotidiano con los dueños del capital y, desde luego, en la concepción que se transmite a los agremiados en cuanto al carácter de las luchas y el futuro de la clase. Nuestra vida sindical es pródiga en ejemplos de dirigencias cuyo comportamiento en poco o nada se distingue del empresarial.

La representación de la sociedad como sociedad de clases contiene una concepción obrera opuesta a la concepción burguesa de la sociedad y por tanto expresa una inconformidad desde la perspectiva de los intereses de una clase. La oposición, manifiesta en la conciencia y expresada en acciones se plantea, o bien en forma irreconciliable o bien en forma de alianza. Es decir, aunque se postule una imagen dicotómica de la sociedad, esta dicotomía para algunos se considera reformable y los conflictos que de cualquier manera origina, se superan por la vía de la negociación y de la alianza de clases. Otra concepción plantea la dicotomía como una lucha de clases, superable solamente mediante la vía de la destrucción del orden burgués.

La primera concepción, sin lugar a dudas hegemónica, es mantenida y reproducida (si no siempre como manifestación de un consenso activo) por las dirigencias de los sindicatos más importantes del país. Estas definiciones, producto de discutir cual debe ser la misión de la clase trabajadora, son recurrentes, especialmente en situacio-

nes límite como el recrudecimiento de la crisis económica y sus consecuencias o en coyunturas como la sucesión presidencial, la negociación con el imperialismo o la reforma política.

La segunda concepción, minoritaria pero cualitativamente progresista respecto de la anterior, la sostienen algunas fracciones obreras del país que muestran una agresividad mayor por sacudirse algunas tradiciones, como la imposición de dirigentes, la corrupción y la dependencia orgánica e ideológica hacia el Estado. Expresa un desarrollo distinto de la conciencia que ya ha aclarado que trabajo y capital luchan por intereses diferentes y opuestos; de ahí que sostengan valores y concepciones distintas sobre la sociedad que los obliga también a comportamientos diferentes en su práctica sindical. La recuperación de los sindicatos por sus agremiados y la creación de instancias organizativas más amplias en base a la alianza de los dominados en general, hablan también de nuevos modos de concebir la defensa de la condición obrera en su relación con el poder político.

Esta condición ahora es concebida por ese sindicalismo de clase como un planteamiento total de la vida de los trabajadores y no sólo de los obreros industriales y donde a las demandas por mejoras económicas en la vida de trabajo se añan demandas que tienen que ver con todas las condiciones de existencia de los trabajadores en un sistema social que debe transformarse.

HACIA LA FORMACION DE UNA CULTURA OBRERA

Si se reconocen estas instancias como las mediadoras en el proceso de formación de cultura obrera, se tendrá claro que el término debe articular trabajo, organización y política. Esto también implica que la cultura obrera ni admite generalizaciones, ni se puede plantear en términos absolutos. En reconocimiento a su heterogeneidad, la cultura obrera tiene una estratificación fundamentada en desarrollos objetivos y subjetivos desiguales a través de los cuales se desenvuelve.

Esto significa que la cultura obrera puede expresar desarrollos distintos de la conciencia aunque siempre se pueda distinguir una posición frente a la burguesía.

La cultura obrera, en su expresión más acabada y coherente, presupone el autorreconocimiento como clase subordinada pero necesaria y la negación de su condición de subordinación, la comprensión del movimiento social en su conjunto, al mismo tiempo que la construcción de un contraproyecto de sociedad y de cultura. Esta suposición no anula el que los obreros participan en diferentes grados de la cultura burguesa a pesar de su capacidad de oposición a ella. Y tampoco significa que la cultura obrera no contenga también elementos adaptados de otras culturas y participe de tradiciones originadas fuera de la clase obrera.

Lo que se quiere subrayar es la existencia de una posición cultural que

se desarrolla a partir de los intereses de clase como una visión del mundo que desafía el poder capitalista. En este sentido, estudiar la formación de la cultura obrera no es igual a conocer estilos de vida de los obreros en general, sino el proceso de desarrollo de una manera de concebir el mundo y de expresarse en él, vinculado, o más que eso, entretelado al desarrollo de la conciencia como análisis crítico y toma de posición ante las condiciones específicas de existencia. (La cuestión no es ver en qué cantinas se emborrachan los obreros, sino preguntarse por qué es que las cantinas —como tantos otros locales— han devenido un espacio propio y el alcohol se ha impuesto como un ritual de relación).

La cultura específica que relaciona los modos de concebir la realidad con las prácticas sociales, remite a identificar las formas de organización que la clase obrera ha creado en el curso del desarrollo de una *posición de clase* distintiva. Descubrir tradiciones obreras que se renuevan y recrean como prefiguración de la nueva sociedad a la que se aspira, sistematizarlas como aspectos de una historia por escribir en la que se identifique y reconozca la clase en su desarrollo, resulta tarea impostergable. También lo es el rescatar la historia obrera, no como un intento "costumbrista" que retrata una forma de vida particular, sino como explicación obrera de la sociedad, como proceso de desarrollo de una concepción que nace en la lucha de clases y se reafirma o se absorbe en

su relación histórica con la clase y la cultura dominante.

Postular la existencia de una cultura obrera en tanto concepción del mundo desde la perspectiva de las clases dominadas, obliga también a considerar la necesidad de reflexionar sobre la experiencia acumulada en ese proceso; la recuperación de la historia de la clase obrera aparece como necesaria en la lucha contra una historia oficializada, falseada y deformada o, simplemente inexistente.

REFERENCIAS

- BLACKBURN, R. (1977) *Ideología y ciencias sociales*, Col. Teoría y Realidad, Núm. 14, Ed. Grijalbo, Barcelona.
- GALEANO, E. (1979) *Días y noches de amor y de guerra*, Ed. Laia, Barcelona, 4ª ed.
- LUKACS, G. (1969) *Historia y conciencia de clase*, Ed. Grijalbo, México.
- LENIN, V.I. "El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve", *Obras completas*, tomo I.
- STEDMAN, J. (1975) "Class Struggle and the Industrial Revolution", *New Left Review*, Núm. 90, mar-abril.
- Proyecto (1983) "La cultura obrera en México", Museo Nacional de Culturas Populares, (inédito).

Herrn Eugen Dühring's
Umwälzung der Wissenschaft

Von

Friedrich Engels

Dritte, durchgesehene und vermehrte Auflage



Stuttgart
Verlag von J. H. W. Dietz
1894

Portada de la tercera edición de la obra de Engels conocida como "Anti-Dühring"